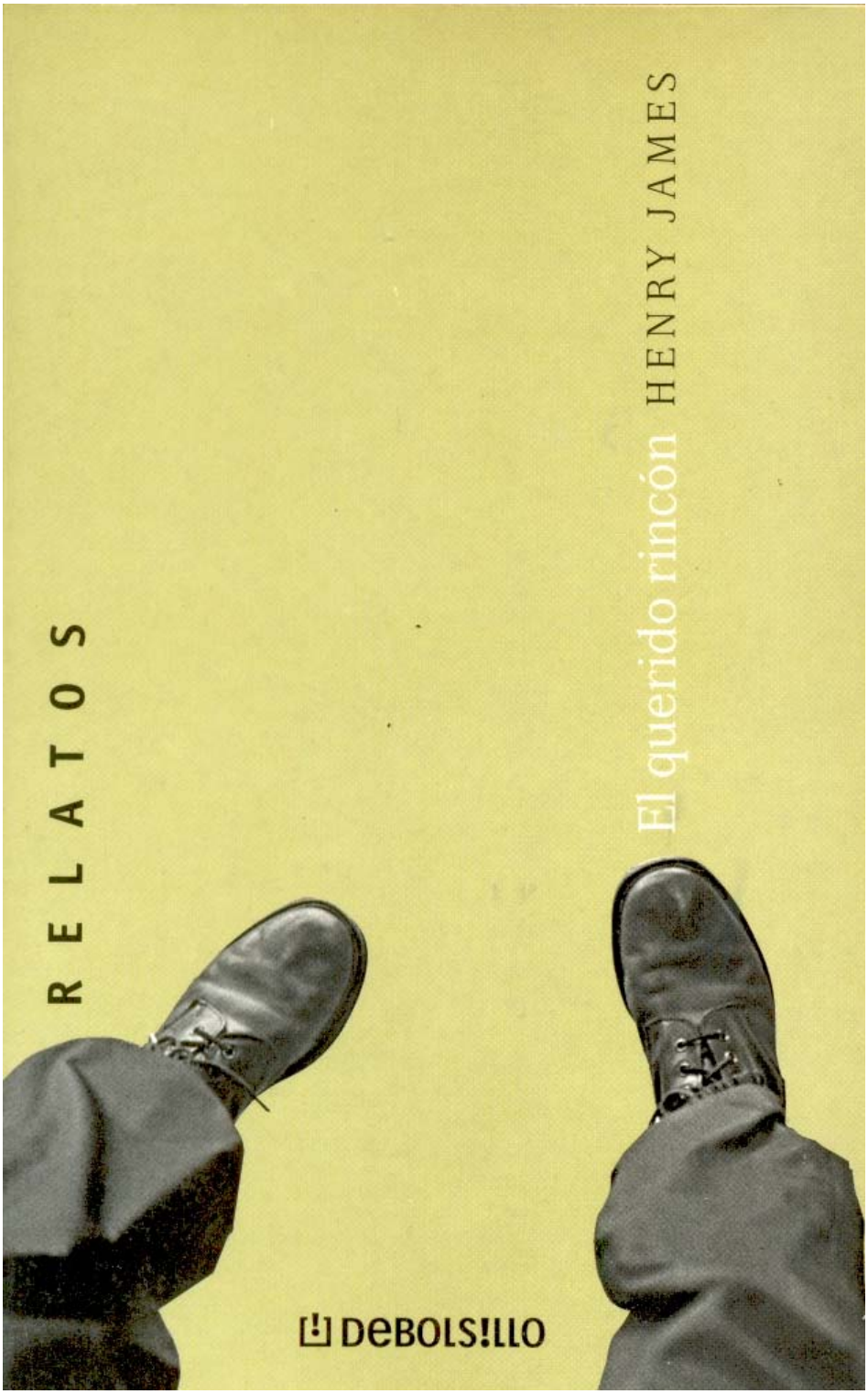
EL QUERIDO RINCON

H E N R Y J A M E S



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Todos me preguntan qué «pienso» de esto o de aquello -dijo Spencer Brydon-, y yo respondo como puedo: guardo o escurro el bulto, salgo del paso con cualquier tontería. Tampoco es que les importe mucho, la verdad sea dicha -prosiguió-, pues aun si fuera posible de ese modo agresivo y perentorio satisfacer solicitudes tan tontas sobre tan magno asunto, lo que yo pueda «pensar» seguiría teniendo que ver casi exclusivamente con algo que es estrictamente de mi incumbencia. -Esto le decía a la señorita Staverton, con la cual no había desaprovechado en estos dos últimos meses ninguna ocasión de hablar. Tal disposición y recurso, desahogo y sostén -porque así, de hecho, se presentaban las cosas- había pasado enseguida a ocupar el primer sitial en el considerable despliegue de sorpresas, escasamente mitigadas, que había acompañado su regreso a Estados Unidos, extraordinariamente tardío. Todo era motivo de sorpresa, de un modo u otro, lo que no dejaba de ser natural cuando tan prolongada y pertinazmente se había desatendido todo, cuando se habían desplegado tantos esfuerzos para que las sorpresas pudiesen disponer de tan amplio margen para manifestarse.

Un margen de más de treinta años les había dado -treinta y tres, para ser exactos-, y ahora se le antojaba que, a su vez, esas sorpresas habían organizado su salida a escena con un boato que respondía a la magnitud de aquella licencia. Contaba veintitrés años cuando se había marchado de Nueva York; hoy tenía cincuenta y seis. A menos que le diera por calcular su edad, en efecto, conforme a la sensación que, en más de una oportunidad desde su repatriación, le había asaltado, en cuyo caso habría vivido más tiempo que el normalmente asignado a un hombre. Habría sido preciso más de un siglo, se repetía a sí mismo y también le decía a Alice Staverton; se habrían precisado una ausencia más prolongada y una atención más evasiva aún de las que se sabía culpable, para convocar el cúmulo de diferencias, novedades, extravagancias y, por encima de todo, exorbitancias que ahora, para bien o para mal, asaltaban su visión doquiera que posase su mirada.

Lo más notable entretanto era que todo hubiera resultado incalculable. Durante décadas se había supuesto capaz de admitir, y ello con la mayor liberalidad e inteligencia que le cupiera, el destello del cambio. Ahora constataba que no había admitido nada; echaba de menos lo que estaba seguro de encontrar y se encontraba con lo que jamás había imaginado. Las proporciones y los valores estaban trastocados; las cosas feas que había descontado, aquellas cosas feas de su lejana juventud, cuando tan temprano había tomado conciencia de la fealdad... ahora resultaba que estos fenómenos misteriosos ejercían sobre él, en cambio, todo su encanto, mientras que lo que «se lleva», lo moderno, lo monstruoso, esas cosas famosas que sobre todo había venido a ver, como lo hacían cada año miles de curiosos ingenuos, aquéllas eran precisamente las que lo llenaban de consternación. Eran como trampas tendidas al disgusto, tendidas sobre todo para provocar una reacción, en cuyos resortes tropezaba constantemente con su andar inquieto. Todo aquel espectáculo, sin duda alguna, tenía su interés, pero habría resultado demasiado desconcertante de no ser porque cierta verdad más refinada salvaba la situación. Visto así, bajo una luz más estable, quedaba

suficientemente claro que no había regresado por todas esas monstruosidades; que su regreso, no sólo en última instancia sino aun a primera vista, había obedecido a un impulso con el que aquéllas nada tenían que ver. Había venido -por decirlo de una manera pomposa- a considerar su «propiedad», de la que no había estado, durante un tercio de siglo, a menos de cuatro mil millas; o, para decirlo de una manera menos sórdida, había cedido al capricho de volver a ver su casa en el querido rincón, como solía cariñosamente llamarla; la casa donde vio la luz por primera vez, donde varios miembros de su familia vivieron y murieron, donde pasó las vacaciones de una infancia excesivamente estudiosa y recogió las parcas flores sociales de una gélida adolescencia, y que, después de haber permanecido ajeno a ella durante tanto tiempo y tras los sucesivos fallecimientos de sus dos hermanos y la cesación de viejos acuerdos, había pasado enteramente a sus manos. Poseía otra, aunque no tan «buena» -el querido rincón, desde mucho antes, había sido superlativamente ampliado y consagrado-; el valor de las dos propiedades constituía su capital más importante, y sus rentas en estos últimos años habían consistido en sus respectivos alquileres, los cuales (en virtud precisamente de su originaria excelencia) nunca habían sido excesivamente bajos. Spencer Brydon podía vivir en «Europa», como de hecho se acostumbró a vivir, de los réditos de estos prósperos arrendamientos neoyorquinos, y tanto más holgadamente cuanto que la expiración del plazo de doce meses del arrendamiento de la segunda construcción, apenas un número en la larga hilera, había hecho gratamente posible renovarla con el consiguiente aumento.

Las dos casas eran bienes inmuebles, claro está, pero desde su regreso había descubierto en sí mismo una tendencia a distinguir cada vez más entre ellas. La casa ubicada en la calle, dos populosas manzanas hacia el oeste, ya se hallaba en plena reconstrucción como un alto conjunto de viviendas. Hacía algún tiempo había accedido a propuestas para esta transformación, y mientras los trabajos avanzaban, no había sido poco motivo de asombro descubrir, sobre el terreno y pese a carecer del menor atisbo de experiencia en la materia, que era capaz de participar con cierta inteligencia, casi con cierta autoridad. Tan era cierto que había vivido dando la espalda a este tipo de inquietudes y mirando hacia otras de muy distinto orden, que apenas sabía qué pensar de la agitada aparición, en un compartimento de su mente nunca antes hollado, de su aptitud para los negocios y su capacidad para la construcción. Estas virtudes, tan corrientes en el medio que ahora lo rodeaba, habían permanecido en estado latente en su propio organismo, donde tal vez cabría decir de ellas que habían estado durmiendo el sueño de los justos. Ahora, en este espléndido tiempo otoñal -el otoño, al menos, era una genuina bendición en aquel lugar terrible- vagaba por su «obra» con perfecto arrojo, estremecido en su fuero interior; sin «pensar» ni remotamente que la proposición aquella, como decían, fuera vulgar y sórdida, y dispuesto a subir tramos, a cruzar tablones, a manipular materiales y a dar la impresión de que sabía lo que estaba haciendo, a formular preguntas, en suma, y a recusar las explicaciones y meterse sin dudarlo en cálculos.

Le divertía, verdaderamente le encantaba, y por ello mismo lo encontraba aún más divertido Alice Staverton, aunque quizá la encantara sensiblemente menos. No es que ella fuera a mejorar su posición, sin embargo, cuanto que sí mejorara la de él, y cuán asombrosamente, además: nada sería ya capaz, y él lo sabía, de mejorar la de Alice Staverton, que ahora, en el crepúsculo de su vida, se había convertido en la

frugal propietaria y ocupante de la pequeña casa de Irving Place a la que había logrado sutilmente aferrarse a lo largo de su casi ininterrumpida residencia en Nueva York. Si ahora conocía Brydon el camino a esta casa mucho mejor que a cualquier otra de las direcciones entre las innúmeras que proliferaban horrorosamente y que le daban la impresión de reducir la ciudad a una página de un libro de contabilidad, impenetrable, fantástica, plagada de líneas y guarismos y tachaduras; si había adquirido, para su consuelo, este hábito, ello no poco se debía al encanto de haber encontrado y reconocido, en el vasto descampado del consumo, abriéndose paso en medio del burdo predominio de la riqueza y la fuerza y el éxito, un pequeño paraje apacible donde los objetos y las sombras, todas las cosas delicadas, conservaban la nitidez de una voz de agudo registro perfectamente educada, y donde la parsimonia lo impregnaba todo como los aromas impregnan un jardín. Su vieja amiga vivía con una doncella y se encargaba personalmente de limpiar el polvo a los recuerdos, aprestar los candiles y bruñir la plata; siempre que podía se mantenía apartada de las horrendas multitudes modernas, pero salía a campaña y presentaba batalla cuando veía peligrar el «espíritu», ese espíritu que, después de todo, con orgullo y un punto de timidez, acababa confesando que para ella pertenecía a tiempos mejores, a un período común a ambos, el de un orden social muy remoto y antediluviano. Cuando era necesario utilizaba el tranvía, ese terrible artilugio para subirse al cual la gente luchaba como luchan los aterrorizados náufragos por subirse a un bote salvavidas; afrontaba, incólume en medio de la tensión, todas las conmociones y adversidades públicas; y todo ello, no obstante, sin que se alterara la engañosa esbeltez y gracia de su aspecto, que hacía imposible decidir si se trataba de una hermosa joven que parecía mayor por las penas o bien una refinada mujer que parecía más joven merced a una lograda indiferencia. Sobre todo, cada vez que evocaba como algo inapreciable recuerdos e historias de las

que él podía sentirse partícipe, la encontraba tan exquisita como una pálida flor seca (una rareza, para empezar), y, a falta de otras muestras de cortesía, era una recompensa suficiente para su esfuerzo. Tenían en común el conocimiento, «su» conocimiento (este adjetivo discriminatorio siempre estaba en los labios de Alice) de presencias de otra época, presencias que, en el caso de él, las experiencias masculinas y la libertad del viajero habían velado con capas de placer, infidelidad, tránsitos de vida que a ella le parecían extraños y oscuros, capas que podría resumir la palabra «Europa», pero presencias que, ante la piadosa visitación de aquel espíritu del que ella nunca se había apartado, seguían allí, brillando amables a la luz. Un día ella le acompañó para ver cómo progresaba su «conjunto de viviendas»; él la ayudaba a vadear zanjas y le explicaba sus planes, y mientras estaban allí él tuvo, en su presencia, una discusión breve pero viva con el encargado, el representante de la empresa constructora que se ocupaba de la obra. Brydon se encontró perfectamente capaz de «poner en su lugar» a dicho personaje, quien había incumplido la ejecución de algún detalle de las condiciones acordadas de antemano, y razonó con tanta lucidez que, además de ruborizarse lindamente en el momento de pura simpatía por su triunfo, Alice le dijo después (aunque con algo más que un toque de ironía) que evidentemente había descuidado durante muchos años un auténtico don. Si tan sólo se hubiese quedado en su tierra se habría anticipado al inventor del rascacielos. Si tan sólo se hubiese quedado en su tierra habría descubierto su genio a tiempo para levantar una nueva y espantosa variedad de liebre arquitectónica y seguirla hasta que se amadrigase

en una mina de oro. Brydon recordaría estas palabras, en el transcurso de las semanas siguientes, por el delicado eco argentino que había despertado en sus más raros y profundos estremecimientos, que últimamente mantenía ocultos y acallados.

Empezó a ser consciente de ello al cabo de los primeros quince días, cuando estalló con la más excepcional brusquedad la extravagante sensación de asombro: había salido a su encuentro -y ésta es la imagen que le permitía apreciar el asunto o, a lo menos, la que le hacía estremecerse y sonrojarse no poco- como hubiera podido salir a su encuentro alguna silueta extraña, algún ocupante inesperado, a la vuelta de un oscuro recodo de una casa vacía. Esta singular analogía se convirtió en una presencia obsesiva, cuando no la perfeccionaba él mismo intensificándola aún más: se veía, así, abriendo una puerta tras la cual tenía la seguridad de no hallar cosa alguna, una puerta que daba a una habitación con los postigos echados y vacía, y sin embargo, al abrirla se encontraba, conteniendo un gran sobresalto, ante una presencia indiscutiblemente erguida, algo que ocupaba inmóvil el centro de la habitación y que le hacía frente desde la oscuridad. Después de aquella visita a la casa en construcción, se dirigió a pie en compañía de su amiga para ver la otra, siempre considerada, con mucho, la mejor, uno de cuyos ángulos, orientado hacia el este, albergaba precisamente el querido rincón y formaba la esquina donde coincidían una calle actualmente bastante degradada y desfigurada en su tramo más occidental, y una avenida relativamente conservadora. La avenida conservaba pretensiones, como dijo la señorita Staverton, de decencia; sus antiguos moradores habían desaparecido casi del todo, los apellidos tradicionales eran desconocidos, pero de alguna que otra esquina surgía, como extraviado e impreciso, un viejo recuerdo, parecido a una persona muy anciana que vieras vagar por las calles a altas horas de la noche y sintieras el impulso bondadoso de vigilarla o seguirla hasta verla regresar, sana y salva, a su casa.

Nuestros amigos entraron juntos en la casa; él abrió con su llave, ya que, explicó, no tenía a nadie allí. Tenía sus razones para preferir mantener vacío el lugar, con la salvedad de una buena mujer que vivía en el barrio y pasaba una hora todos los días a abrir las ventanas, limpiar el polvo y barrer. Tenía sus razones, sí, y las encontraba cada vez más sólidas; le bastaba con estar allí para que le parecieran más fundadas, pero se abstuvo de mencionárselas todas a su acompañante, como tampoco le dijo a la sazón con cuánta frecuencia, con cuánta absurda frecuencia solía ir allí. Sólo le permitió ver, de momento, mientras recorrían las amplias estancias desiertas, que el más absoluto vacío reinaba enteramente en todo aquel ámbito, y que el único objeto que podía tentar a los ladrones era, en un rincón, la escoba de la señora Muldoon. La señora Muldoon se encontraba en aquellos momentos en el edificio y atendió a los visitantes locuazmente, precediéndoles de habitación en habitación, abriendo postigos y ventanas, todo ello, como observó, para mostrarles lo poco que allí había que ver. Y ciertamente había poco que ver en aquel gran cascarón transido, cuya disposición general y distribución del espacio reflejaban el estilo de una época más tolerante con la vastedad, y que tenían para su dueño, no obstante, un mensaje de ruego que le afectaba como si fuera la súplica de un viejo y leal sirviente, de un criado de toda la vida que le pidiera una carta de referencias o incluso una pensión de jubilado. Sin embargo, también observó la señora Muldoon que, si bien estaba agradecida al señor por poder servirle durante los mediodías, había una cosa que aspiraba grandemente a que él nunca le pidiera. Si llegara a desear de ella, por alguna razón, que viniese a la casa de

Librodot

noche, se vería en la obligación de decirle, aun con todo el dolor de su «arma», que se lo pidiese a otra persona.

El hecho de que no hubiera nada que ver no obstaba para que aquella digna mujer se guardara de la posibilidad de ver algo, y dijo con toda franqueza a la señorita Staverton que no se le podía pedir a ninguna dama, ¿verdad?, que «reptara a esas alturas en las horas feas». Luz de gas o eléctrica no la había en toda la casa, y con tintes muy elocuentes pintó una visión aterradora de sí misma abriéndose paso por las enormes habitaciones grises -¡hay que ver lo muchísimas que hay!- a la trémula luz de una vela. La señorita Staverton respondió a su franca mirada febril con una sonrisa y la declaración de que ciertamente ella tampoco se arriesgaría a emprender semejante aventura. Entretanto, Spencer Brydon no pronunciaba palabra... de momento; el asunto de las horas «feas» en su antiguo hogar ya se había convertido en una cuestión sumamente grave para él. Hacía ya algún tiempo que había comenzado a «reptar», y él sabía muy bien por qué había guardado personalmente, tres semanas antes, un paquete de velas en el fondo de un cajón del viejo y elegante aparador que ocupaba un vano al final del comedor. De momento se reía de lo que decían sus acompañantes, no sin procurar cambiar rápidamente de tema. En primer lugar, porque comprendió que su risa, incluso en aquel momento, suscitaba el eco extraño, la resonancia humana que a conciencia (apenas sabía cómo definir aquello) los sonidos producidos cuando estaba allí a solas le devolvían a su oído, tal vez a su imaginación. En segundo lugar, porque pensó que Alice Staverton se disponía en aquel instante, tras haber adivinado algo, a preguntarle si alguna vez se había dedicado a merodear de esa manera. Había adivinaciones para las que no estaba preparado; en cualquier caso, había evitado ya aquella pregunta cuando la señora Muldoon los dejó, adentrándose en otras partes de la casa.

Afortunadamente había bastantes cosas que decir en aquel lugar consagrado, y decirse podían libre y claramente. Así, todo un séquito de frases desfiló cuando su amiga, tras mirar ansiosa a su alrededor, no pudo contenerse más y le dijo:

-¡Espero que no se haya estado refiriendo a que quieren que eche abajo esta casa!

Su respuesta no se hizo esperar, instigada por una ira que volvía a avivarse: eso era exactamente lo que querían, por supuesto, y la razón por la que insistían día a día, con una obstinación de la que sólo se muestran capaces quienes ni aun en la más extrema tesitura alcanzan a comprender la lealtad debida a los sentimientos más nobles. Aquel lugar, tal y como lo había encontrado y más allá de lo que las palabras pudieran expresar, le regalaba con interés y júbilo. ¡Había otros valores además de los malditos valores inmobiliarios! ¡Y por eso, por eso era que...! Pero en aquel punto le interrumpió la señorita Staverton y completó su frase:

-¡Por eso es que hará usted de su rascacielos algo tan grandioso que, con la vida fastuosa que podrá llevar gracias a esas ganancias malhabidas, podrá permitirse el lujo de cultivar su vena sentimental en este rincón!

La sonrisa con la que acompañó estas palabras tenía para él aquella delicada ironía que le era tan propia, y que creía detectar como un halo rodeando la mitad de las cosas que ella decía; una ironía carente de encono, surgida exactamente de una imaginación desbordante, que nada tenía que ver con esos vulgares sarcasmos con los que la mayoría de los que evolucionan en la «sociedad» pretenden forjarse, en un medio perfectamente carente de ella, una reputación de inteligencia. En ese momento

le complacía saber que, tras el breve momento de duda que precedió a su respuesta -«Bueno, sí, eso lo expresa, creo, con bastante precisión!»-, podía contar con que la imaginación de su amiga sabría aún hacerle justicia. Él le explicó que aunque jamás fuera a recibir un dólar por la otra casa, de todos modos seguiría cuidando de ésta, y a continuación, mientras deambulaban sin prisas, se detuvo a considerar el asombro que su actitud empezaba a causar, la auténtica perplejidad que sabía estar inspirando a su alrededor.

Habló también del valor que podía descifrar en todo cuanto les rodeaba, en el mero espectáculo de las paredes, la mera forma de las piezas, el mero retumbar del suelo, el mero tacto de su mano al rozar los antiguos pomos, bañados en plata, de todas aquellas puertas de caoba, un tacto que evocaba la presión que ejercían con la palma de la mano los muertos. En fin, los setenta años del pasado que todo aquello representaba, los anales de casi tres generaciones, contando la de su abuelo, que allí había encontrado su fin, y las cenizas impalpables de su juventud, extinta hacía tanto tiempo, flotando en aquel mismo aire como microscópicas motas. Todo aquello lo escuchó su amiga, una mujer que respondía con sus fibras más profundas pero que en ninguna circunstancia hablaba por hablar, que no lanzaba al viento nubes de palabras. No necesitaba hacerlo para ser capaz de asentir, de aceptar y, sobre todo, de alentar. Sólo al final fue un poco más lejos aún que Brydon.

-Pero, ¿cómo puede usted saberlo? Puede que, después de todo, quiera vivir aquí.

Estas palabras le hicieron detenerse de repente, pues no era lo que había es
tado pensando, al menos no en el sentido que ella les daba.

-¿Quiere decir que podría decidir quedarme por esta casa?

-¡Bueno, con una casa así...!

Con toda la elegancia de la que era capaz, había tenido el tacto de evitar ponerle un punto a tan monstruosa «i», ilustrando de paso a la perfección que no era una persona que parloteara. ¿Cómo podía nadie en su sano juicio insistir en que otra persona «deseara» vivir en Nueva York?

-Claro -dijo él-; yo hubiese podido vivir aquí, ya que tuve ocasión de hacerlo siendo muy joven. Hubiese podido permanecer aquí todos estos años. Entonces todo habría sido bastante diferente, y me atrevería a decir que bastante «extraño». Pero eso es otra cuestión. Además la belleza de todo este asunto -quiero decir mi perversidad, mi negativa a entrar en un «negocio»- reside precisamente en la ausencia total de razones. ¿No se da cuenta de que si me hubiese movido alguna razón, todo habría tenido que presentarse de muy otra manera? ¿Que entonces la razón habría sido, inevitablemente, el dinero? Aquí no hay más razón que la del dinero. Mejor dejemos, pues, que no haya ninguna clase de razón... ni siquiera el espectro de una razón.

Se encontraban de nuevo en el vestíbulo, disponiéndose a partir, pero desde donde estaban podían apreciar, a través de una puerta abierta, una amplia vista del salón principal, gran pieza cuadrada en la que destacaba el acierto, de carácter ya antiguo, de los ventanales dispuestos entre generosos espacios. Ella dejó de sumirse en su contemplación y miró a los ojos de su acompañante durante un momento.

-¿Está usted seguro de que el «espectro» de una razón no sería, más bien, de alguna utilidad?

Brydon tuvo la innegable sensación de que palidecía. Pero no habrían de llegar más lejos en ese momento. Y él respondió, o eso suponía, entre una mirada airada y una sonrisa burlona:

-Los espectros, claro... ¡Cómo no iban a abundar en esta casa! Habría de avergonzarme de ella de no ser así. La pobre señora Muldoon está en lo cierto: es por eso que no le he pedido más que echar un vistazo.

La mirada de la señorita Staverton volvió a ausentarse, y era evidente que callaba cosas que iban y venían por su cabeza. Aun es posible que durante el breve instante de ensimismamiento en aquella elegante habitación haya podido concebir con su imaginación alguna vaga forma. Quizá aquello que vislumbró en ese preciso momento, de tan elemental diseño como el que ofrece la mascarilla mortuoria de un bello rostro, tuviera en ella un efecto similar al que inscribe el atisbo de una expresión en la escayola conmemorativa. Fuera cual fuera su impresión, sin embargo, lo que dijo a continuación fue un irrelevante tópico:

-¡Bueno, si al menos la casa estuviese amueblada y habitada...!

Su amiga parecía querer dar a entender que si la casa aún estuviera amueblada tal vez él no hubiera opuesto resistencia a la idea de regresar. Pero pasó directamente al vestíbulo, como si hubiese querido dejar atrás sus palabras, y un instante después él abría la puerta de la casa y los dos quedaban en lo alto de la escalinata. Tras cerrar la puerta y guardarse la llave en el bolsillo, mirando arriba y abajo, fueron recibiendo la cruda realidad de la avenida, comparada con aquella otra de donde emergían, que a él le hizo pensar en la violencia con que la luz exterior del desierto asalta al viajero que emerge de una tumba egipcia. Con todo, se arriesgó, antes de sumergirse en la calle, a formular la respuesta que había estado meditando:

-Para mí la casa está habitada y amueblada.

Ante esto, a ella le quedaba el fácil recurso de suspirar, con tono vago y discreto:

-¡Ah, sí ...! -ya que los padres de Spencer Brydon, así como su hermana favorita, por no decir nada de otros muchos familiares, habían devanado su madeja y encontrado su fin allí, y ello garantizaba, entre sus muros, la imborrable presencia de la vida.

Fue unos días después, durante otra hora que pasó en compañía de Alice, cuando él manifestó la impaciencia que le producía aquella curiosidad excesivamente lisonjera con que todas las personas que encontraba procuraban indagar la opinión que le merecía Nueva York.

No se había formado ninguna que pudiera expresar en público, y en cuanto a lo que «pensara» (bien, mal o peor de lo que le rodeaba), se hallaba completamente absorto en un solo pensamiento. Era puro y vano egoísmo, y además era, si ella prefería verlo así, una obsesión morbosa. Todas las cosas le remitían a la cuestión de lo que hubiera podido ser de él, de cómo hubiese podido orientar su vida y en qué hubiese desembocado, con tan sólo no haber renunciado a todo eso desde el comienzo. Y mientras le confesaba por vez primera lo muy intensa que se había vuelto esta absurda especulación -lo que de paso permitía probar, sin duda, cuán acostumbrado estaba a pensar demasiado en sí mismo-, le afirmó que se sentía impotente para dejarse cautivar por nada que en aquella su ciudad natal pudiera resultarle interesante o atractivo.

-¿Qué habría sido de mí? ¿Qué habría sido de mí? Me paso todo el tiempo preguntándomelo, una y otra vez, como un idiota. ¡Como si hubiera manera de saberlo! Veo lo que ha sido de miles de otros, de todas esas personas que me encuentro, y siento nacer en mí, con auténtico dolor y exasperación, la convicción de que también habría de haber sido algo de mí. Sólo que no alcanzo a vislumbrar exactamente qué, y la preocupación que siento, el violento acceso de momentánea curiosidad que jamás veré satisfecho, hacen revivir en mí lo que recuerdo haber experimentado, una o dos veces, tras haber tomado la decisión, por las razones que fuere, de echar a las llamas una importante carta sin siquiera abrirla. Después lo lamentaba, me parecía odioso... Nunca he podido saber lo que decía aquella carta. ¡Claro que esto, pensará, no tiene la menor importancia!

-No digo que no tenga importancia -interrumpió la señorita Staverton con gravedad.

Ella estaba sentada junto al fuego, y delante, de pie, Brydon se removía inquieto entre la intensidad de su idea y una caprichosa y vaga inspección, mediante su monóculo, de los antiguos objetos colocados sobre la repisa de la chimenea. Cuando la señorita Staverton le interrumpió, la miró con dureza, pero inmediatamente se rió:

-¡No me habría importado si lo hubiera dicho! Y de todos modos, se trata sólo de una comparación que utilizo para expresar lo que siento ahora. Habría bastado con no empeñarme en seguir aquel perverso rumbo de mi juventud, y puede decirse que lo hice pese a que mi padre estuvo a punto de maldecirme por ello; con no perseverar, una vez «allí», desde el primer día y hasta hoy, sin la sombra de una duda ni un atisbo de arrepentimiento; sobre todo, habría bastado con que aquello me hubiese gustado menos, con no complacerme tanto en ello, con no haberlo deseado tanto, sí, deseado al punto de sentirme tan perdidamente orgulloso de mi preferencia. Quiero decir que una simple variación habría bastado para que mi vida y mi forma fueran diferentes. No me habría movido de aquí... si hubiera sido posible; y además, era demasiado joven, con veintitrés años, para considerar, pour deux sous, que fuera posible. De haber esperado, tal vez hubiera visto que sí lo era, y entonces, al haberme quedado aquí, habría podido parecerme a esos tipos que han sido forjados a martillo y que las circunstancias han hecho tan concienzudos y entusiastas. Tampoco es que los admire tanto: que tengan o no un encanto en particular, aparte del muy específico de su flagrante pasión por el dinero, que ellos sí hayan sabido derivar de las circunstancias, esto nada tiene que ver con lo que digo. Digo sólo que es posible que haya desperdiciado un desarrollo insospechado, aunque perfectamente posible, de mi propia naturaleza; que caigo en la cuenta de que había entonces, oculto dentro de mí, un extraño alter ego, del mismo modo que el minúsculo botón hermético contiene la flor lujuriante, pero que seguí un camino que me condujo a trasladarlo a un clima en el que se marchitó para siempre.

-Y usted se pregunta cómo habría sido esa flor -dijo la señorita Staverton-. Yo también, si le interesa saberlo; llevo varias semanas preguntándomelo. Creo en esa flor -prosiguió-, y pienso que hubiera sido una flor espléndida, una flor enorme y monstruosa.

-¡Sobre todo monstruosa! -repitió su visitante-; y por ello mismo, imagino que fétida y repugnante.

-Usted no cree eso que dice -contestó ella-; si lo creyera no sentiría curiosidad. Lo sabría, y eso le bastaría. Pero usted intuye (y yo comparto esa intuición) que habría sido un hombre poderoso.

-¿Le habría gustado de ser así? Ella apenas se inmutó.

-¿Cómo no iba a gustarme usted?

-Ya veo. Le habría gustado, es decir, ¡habría preferido que yo fuera un multimillonario!

-¿Cómo no iba a gustarme usted? -se limitó a repetir ella.

Él seguía allí, delante de ella; la pregunta lo tenía paralizado. Estaba considerándola, con todo lo que entrañaba; que no se diera por entendido, en efecto, daba fe de ello.

-Por lo menos sé lo que soy -prosiguió, simplemente-; la otra cara de la moneda brilla por sí sola. Mi comportamiento no ha sido edificante; creo que en muchos ambientes se piensa que ha sido escasamente decente. He andado caminos extraños y adorado extraños dioses; usted debe de haberse dicho más de una vez (de hecho, me ha confesado que así era) que el tipo de vida que he llevado a cada momento a lo largo de estos treinta años era egoísta, frívolo, escandaloso. Y ahora puede verse qué ha sido de mí. Ella aguardaba, sonriéndole.

-Puede verse qué ha sido de mí.

-Oh, usted es una persona a la que nada le hubiera hecho cambiar. Nació para ser lo que es, en cualquier lugar, de cualquier modo: posee usted una perfección que nada hubiese podido marchitar. ¿Y acaso no ve que, de no haber sido por mi exilio, no hubiera seguido esperando hasta ahora...?

Una extraña punzada le hizo contenerse.

-Lo que sí está a la vista -retomó al instante Alice-, me parece a mí, es que nada se ha echado a perder. Nada ha impedido que usted esté aquí por fin. Nada ha impedido este momento. Nada ha impedido que usted diga...

También ella titubeó.

Brydon intentaba desentrañar el sentido oculto tras la emoción controlada de su amiga.

-¿Así que usted cree, qué horror, que yo no hubiera podido ser mejor de lo que soy?

-¡ Oh, no! ¡Ni mucho menos! -Tras decir lo cual se levantó de su silla y se acercó a él-. Pero no me importa-añadió sonriendo.

-¿Quiere decir que soy suficientemente bueno?

Ella meditó su respuesta.

-¿Me creerá si le digo que sí? Quiero decir, ¿se quedará satisfecho con mi respuesta?

Y entonces, como si leyera en su rostro que él se retraía, que tenía alguna idea que, por absurda que fuera, aún no podía malgastar, añadió:

-Bueno, a usted tampoco le importa... pero de muy otra manera: a usted no le importa más que usted mismo.

Spencer Brydon lo reconoció; de hecho, nunca había pretendido otra cosa.

No obstante, agregó una matización importante:

-Yo mismo no soy él. Él es ese otro totalmente distinto. Pero por supuesto quiero verle -añadió-. Y puedo verle. Y sé que lo haré.

Sus miradas se encontraron fugazmente, y él acertó a ver en la suya algo revelador de que había adivinado el extraño sentido que tenían sus palabras. Pero ninguno de los dos expresó aquello de otro modo, y el hecho de que ella pareciera haberlo comprendido sin manifestar reparo alguno ni apelar a la fácil burla le conmovió más que todo lo que había podido conmoverle hasta ese momento, y se convirtió en el acto, para su ahogada perversidad, en un elemento comparable al aire que respiramos. Sin embar-

go, Alice dijo algo totalmente inesperado.

-Pues bien, yo lo he visto.

-¿Que usted...?

-Lo he visto en un sueño.

-Ah, un «sueño»... -Se sentía decepcionado.

-Pero dos veces seguidas -prosiguió ella-. Lo vi como lo estoy viendo a usted ahora.

-¿Ha tenido el mismo sueño...? -Dos veces seguidas -repitió ella-. Exactamente el mismo.

Aquello ya comenzaba a parecerle algo más sugestivo, capaz de satisfacer su curiosidad.

-¿Sueña conmigo tan frecuentemente?

-¡Ojo, con él! -dijo, sonriendo.

Volvió a sondearla con la mirada.

-Entonces lo sabe todo sobre él. Y como ella callara, añadió:

-¿Cómo es el condenado?

Alice dudó, como si él la estuviera presionando tanto que, teniendo sus razones para resistirse, ella buscara zafarse.

-¡En alguna ocasión se lo diré!

2

Fue después de esto cuando Brydon halló más de una virtud, y mucho de encanto cultivado y secreta y absurda emoción, en la forma particular que tuvo de abandonarse a su obsesión y dedicarse a una ocupación que fue considerando cada vez más como un privilegio personal. Para aquello únicamente vivió durante semanas, estaba genuinamente convencido de que la vida apenas empezaba después de que la señora Muldoon se hubiese retirado de la escena.

Recorría entonces a sus anchas la casa entera, desde el ático hasta el sótano, para cerciorarse de que estaba solo, y, tras comprobar que era el exclusivo dueño y señor del lugar, podía, como tácitamente se decía a sí mismo, abandonarse. En algunas ocasiones acudía allí hasta dos veces en un mismo día; prefería sobre todo el momento en que, en el breve crepúsculo otoñal, la oscuridad empieza a espigarse. Era esa la hora, día tras día, cuando sus esperanzas se aguzaban. Le parecía entonces que podía, en la mayor intimidad, deambular y aguardar, dilatarse y escuchar, sentir cómo su

aguda percepción (jamás antes tan aguda) auscultaba aquel lugar enorme y dudoso. Con mucho prefería ese momento desnudo de luces, y su mayor deseo habría sido

prolongar cada día su profundo hechizo crepuscular. Más tarde -rara vez mucho antes de la medianoche, pero siempre observaba una prolongada vigiliavelaba a la luz trémula de una bujía, desplazándose lentamente y sosteniéndola en alto, proyectando su luz a lo lejos, deleitándose todo lo que podía en la contemplación de amplias perspectivas, de crujías entre estancias y corredores, espacios que profundizaban y dilataban la posibilidad o alarde, como él hubiera dicho, de esa revelación que aspiraba a propiciar. Era una actividad, se decía, que bien podía «practicar» sin suscitar comentarios, sin que nadie pudiera darse por enterado. Ni siquiera Alice Staverton, que además era un pozo de discreción, podía ni remotamente maginárselo.

Se permitía entrar y salir con la confianza del propietario que a nadie debe cuentas, y el azar le había favorecido hasta entonces ya que, si bien un policía rechoncho que hacía la ronda por la avenida le había visto alguna vez entrar a las once y media, aún nadie, al menos que él supiera, le había visto salir a las dos. En las frías noches del mes de noviembre, se dirigía a la casa a pie y llegaba al finalizar la velada; aquello era tan natural, después de cenar, como podía serlo dirigir sus pasos hacia el club o su hotel. Cuando salía del club, las veces que no cenaba fuera, nada indicaba que no fuera para encaminarse a su hotel; y si salía del hotel, después de haber pasado allí parte de la noche, nada permitía suponer que no fuera para dirigirse al club.

Todo aquello era de lo más natural, en suma; todo se confabulaba y allanaba el camino; más aún: en la tensión misma generada por aquella experiencia, algo había que contribuía a encubrir, a bendecir y facilitar la conciencia que de ella pudiera tener. Se relacionaba, conversaba y reanudaba antiguas amistades, con afabilidad y soltura; en la medida de sus posibilidades, satisfacía efectivamente la confianza de la que se mostraba de nuevo merecedor, y tenía la impresión de que, a pesar de esa agitada y populosa carrera suya que a la señorita Staverton le había presentado como escasamente susceptible de ser considerada, por quienes pudieran presenciarla, como algo edificante, en términos generales, más bien agradaba a la gente. Había alcanzado un pálido y vago éxito social, y ello con personas que no conocían su verdadera personalidad. Era apenas un rumor superficial aquel murmullo con que le daban la bienvenida, aquel descorchar botellas en su honor, del mismo modo que los gestos con los que él correspondía eran como las extravagantes sombras, enfáticas precisamente porque carecían de importancia, de algún juego de ombres chinoises. Pasaba el día entero prefigurando lo que le aguardaba, más allá de la erizada hilera de cabezas rígidas, inconscientes, en aquella otra vida, la verdadera; la vida que empezaba para él, tras escuchar el chasquido del portón a sus espaldas, en el querido rincón, como los compases iniciales de una compleja melodía alzan su fascinante vuelo tras el golpe de batuta en el atril.

Siempre atendía a la primera nota que la punta de acero de su bastón arrancaba al viejo suelo de mármol del vestíbulo, grandes baldosas blancas y negras que recordaba haber admirado en su niñez y que -lo comprendía ahora- habían contribuido a que creciera en él una temprana concepción del estilo. Aquella nota era como la débil vibración del tañido que produjera una campana lejana, tocando quién sabe dónde, acaso en lo más profundo de la casa, en el pasado, en ese misterioso más allá que pudo haber florecido para él de no haberlo, para bien y para mal, abandonado. Al oírla

siempre hacía lo mismo: apoyaba el bastón silenciosamente en un rincón, y una vez más se le aparecía aquel lugar bajo la especie de un gran cuenco de vidrio, una concavidad de cristal precioso, que sonaba delicadamente porque un dedo humedecido acariciaba el borde. El cuenco de cristal contenía, por así decirlo, ese más allá misterioso, y el inefable, tenue rumor que del borde surgía era el mismísimo suspiro, un patético lamento apenas perceptible para su oído expectante, del rebalsado cúmulo de antiguas cosas a las que había renunciado. Así, lo que lograba hacer mediante su presencia silenciosa era resucitar aquellas posibilidades a la escasa vida fantasmal de la que pudieran aún disfrutar. Tímidas eran, de una timidez que nada podía atenuar, mas de ningún modo siniestras; al menos no en la medida en que había sentido que lo fueran ahora, antes de que adoptaran la Forma que él tanto anhelaba que adoptasen, una Forma a la que por momentos se veía a sí mismo perfectamente capaz de dar caza de puntillas, las puntas de sus zapatos de etiqueta yendo de habitación en habitación y de piso en piso.

Aquella era la esencia de su visión -una completa locura, si se quiere, cuando se encontraba fuera de la casa y dedicado a otras ocupaciones, pero que adquiría la más rotunda verosimilitud en cuanto volvía a apostarse allí. Sabía lo que pretendía y lo que quería; todo ello se le aparecía con la nitidez de la suma inscrita en un cheque que se presenta al cobro. Su alter ego «caminaba»- aquel era el tenor de la imagen que de él tenía, mientras que la que se hacía del motivo de su extraño pasatiempo era el deseo de avizorarlo y abordarlo. Incesantemente deambulaba con paso lento y cauteloso -la señora Muldoon estaba totalmente en lo cierto cuando hablaba de «reptar»-. La presencia que aguardaba también estaría deambulando incesantemente; pero sería tan cauta y taimada como él. Noche tras noche fue arraigando en él la convicción de que era probable, que de hecho era ya razonable pensar y podía claramente percibir que lograría escapar a su persecución, hasta que aquello le impuso un rigor que no se podía comparar con nada que hubiera sentido. La teoría de más de una persona de criterio superficial, lo sabía, era que había estado perdiendo su vida entregándose a sus sensaciones, pero nunca antes había saboreado un placer tan exquisito como esta tensión de ahora, jamás se había visto introducido en una partida que exigiera tanta paciencia y a la vez tanto valor para seguirle los pasos a una criatura más sutil, pero acorralada quizá más fiera, que ningún animal de la selva. Los términos, las comparaciones, los mismos ardides de una partida de caza se imponían una y otra vez; aun por momentos, episodios de su esporádica actividad como cazador, recuerdos de su juventud en páramos, montes y desiertos, revivían atizados, para más crecimiento de su deseo, por la tremenda fuerza de una analogía. En más de una oportunidad se sorprendió a sí mismo, después de haber posado su única vela sobre la repisa de alguna chimenea o en alguna hornacina, retrocediendo para refugiarse entre las sombras, disimulándose tras una puerta o bajo un umbral, como antaño buscara apostarse tras una roca o bajo un árbol; se sorprendía a sí mismo conteniendo la respiración y sumido en el júbilo del instante, el supremo dramatismo que sólo se vive en la caza mayor.

No estaba asustado (aunque se planteó la cuestión, como suponía que habrían llegado a confesar alguna vez que se la habían planteado aquellos caballeros que participaban en cacerías de tigres de Bengala o que habían estado muy cerca del gran oso de las Rocosas); y no lo estaba -¡al menos en esto podía ser sincero!- porque tenía la impresión, tan íntima y sin embargo tan extraña, de que él mismo era causa de

terror, de que era sin duda alguna él quien causaba una tensión de tal intensidad que superaba la que él pudiera llegar a sentir. Fueron ordenándose en categorías, fueron tornándose casi familiares a su percepción aquellos signos de la alarma que su presencia y vigilancia producían, aunque no dejara de maravillarle el hecho de que probablemente hubiera establecido una relación y disfrutara de un nivel de conciencia sin igual en la experiencia de los hombres. Desde siempre la gente de toda condición había contemplado con espanto las apariciones, pero ¿quién había trastocado jamás el orden de esta manera hasta convertirse él mismo, en el mundo de las apariciones, en fuente de insondable terror? Podría haber encontrado sublime aquel fenómeno, de haberse detenido a pensar en ello; pero la verdad es que prefirió no insistir demasiado en este aspecto de su privilegio. Con la costumbre y la repetición alcanzó en grado sumo la capacidad de penetrar en la penumbra de las distancias y la oscuridad de los rincones, de restituir en su inocencia las trampas de la luz incierta, las formas de aspecto pérfido apresadas en las tinieblas por las sombras, los accidentes del aire, los cambiantes efectos de las perspectivas. Podía abandonar su débil lumbre, avanzar sin ella y pasar a otras estancias, y le bastaba con saber que estaba allí, a sus espaldas, por si llegara a necesitarla, para orientarse, para proyectar la vaga claridad que requería. Se sentía, en virtud de esta facultad que había adquirido, como un monstruoso gato furtivo; se preguntaba si en esos momentos tendría la radiante mirada de unos inmensos, fulgentes ojos amarillos, y qué no experimentaría el pobre alter ego en su acoso al enfrentarse con alguien así.

No obstante, le gustaba que los postigos estuvieran abiertos; iba abriendo todos los que la señora Muldoon había cerrado, poniendo el mismo cuidado en volver a cerrarlos después para que ella no notara nada: le gustaba -¡sobremanera además, especialmente en las habitaciones de los pisos superiores!- la dura plata que las estrellas otoñales derramaban por las ventanas, y apenas menos el fulgor de los faroles en la calle, abajo, el blanco brillo eléctrico que habría requerido cortinajes para apagar. Aquello era algo humano, real, social, pertenecía al mundo en el que había vivido, y sin duda el rostro que siempre parecía mostrarle, fríamente genérico e impersonal, le hacía sentirse más a sus anchas, a pesar del desprendimiento con que lo contemplaba. Tenía mayor sostén, por supuesto, en los cuartos que daban a la amplia fachada y en el prolongado lateral; le fallaba notablemente en las sombras centrales y en la parte trasera. Pero si a veces, durante sus rondas, se alegraba de su alcance óptico, con la misma frecuencia la parte de atrás de la casa le causaba la impresión de albergar la mismísima selva donde se agazapaba su presa. El espacio allí tenía más subdivisiones; había una gran «extensión», sobre todo, donde se habían multiplicado las habitaciones para la servidumbre, que estaba plagada de escondrijos y rincones, armarios y pasillos, y en especial las ramificaciones de una amplia escalera posterior por la que se asomaba muchas veces para mirar hacia abajo, sin abandonar su aire de seriedad, a pesar de saber que un espectador cualquiera podría haberlo tomado por un tonto de capirote que estuviera jugando al escondite. Fuera de allí, de hecho, él mismo podría haber hecho este rapprochement; pero entre aquellas paredes, y pese a la claridad de las ventanas, su determinación le ponía al abrigo de la cínica luz de Nueva York.

Una consecuencia de aquella noción suya de la exasperada conciencia de su víctima era el que pudiera convertirse en una auténtica prueba para él, puesto que desde el principio se había convencido -¡y oh cuán terminantemente!- de que podía

«cultivar» su capacidad de percepción. Esta capacidad le parecía por encima de todo susceptible de ser cultivada, lo que no era en realidad más que otra manera de nombrar su forma de pasar el tiempo. Y progresivamente la había estado llevando a la perfección, ejercitándola; como consecuencia de lo cual llegó a adquirir tal agudeza, que era capaz ahora de registrar impresiones -atestados de su postulado generalque al principio no habían hecho mella en él. Para ser más preciso, tal cosa ocurrió con un fenómeno que había venido acaeciendo con bastante frecuencia en las estancias de los pisos superiores: el reconocimiento -absolutamente inconfundible y fechable, además, a partir de una precisa hora, cuando reanudó su campaña después de una interrupción diplomática, una calculada ausencia de tres noches consecutivas- de que, sin lugar a dudas, lo perseguían, de que le seguían el rastro a una distancia cuidadosamente acotada, con el fin expreso de quebrantar la confianza, la arrogancia con la que se concebía a sí mismo únicamente en el papel de perseguidor. Aquello lo perturbaba y acabó descomponiéndolo, pues de todas las impresiones concebibles, ésta era la que menos encajaba en su libreto. No lo perdían de vista, mientras que él, por lo que se refería a su misma situación, no alcanzaba a ver nada, y sólo le quedaba el recurso de volverse de golpe para recuperar terreno rápidamente. Giraba sobre sus talones bruscamente y volvía sobre sus pasos, como si de este modo buscara al menos detectar el revuelo de otro simétrico giro. Era muy cierto que la desorientación que le producían estas maniobras le recordaba las farsas navideñas en las que el ubicuo Arlequín zarandeaba y le hacía trastadas por la espalda a Pantalón; pero la analogía dejaba intacto el influjo que sobre su ánimo ejercían las mismas condiciones, repetido aquél cada vez que volvía a exponerse a éstas, de tal suerte que si hubiera caído en la costumbre de establecerla constantemente, no habría sino contribuido a agravar su inquietud. Con aquellas tres ausencias, como he dicho, tuvo la pretensión de infundir en aquel lugar la arbitraria impresión de un aplazamiento, y el resultado de la tercera ausencia fue confirmar los efectos de la segunda.

Cuando regresó aquella noche -la siguiente a su última interrupción- se detuvo en el vestíbulo y se asomó por la escalera, embargado por la más íntima convicción que había sentido jamás. «Está allí, arriba del todo, y está esperando. Esta vez no retrocede para desvanecerse. Se mantiene firme en su lugar, y ello por primera vez, lo cual es una prueba, ¿no es así?, de que algo ha cambiado para él.» Así razonaba Brydon, con una mano en la barandilla y un pie en el primer peldaño, y en esta postura estaba cuando sintió como nunca antes lo había sentido que su lógica helaba el aire. Él mismo sintió frío, pues pareció comprender de repente lo que estaba en juego. «¿Más acosado? Sí, se da cuenta de ello, de que a su manera le estoy diciendo con toda claridad que he venido, como se suele decir, con la intención de "quedarme". No sólo no le hace ninguna gracia, tampoco puede soportarlo, en el sentido, quiero decir, de que su ira, sus intereses amenazados, ahora se equilibran con el pavor que siente. Le he dado caza hasta que por fin se ha "vuelto". Eso es lo que ha cambiado allí arriba: el animal al fin acorralado vuelve sus colmillos o su cornamenta.» En ese preciso instante, como digo, tuvo esta íntima certeza, para un instante después, sin embargo, romper a sudar de una manera que tan improbablemente hubiera aceptado atribuir a una sensación de miedo como no habría tardado en atreverse a convertirla en una incitación para entrar en acción. No obstante, también le produjo un profundo estremecimiento, un estremecimiento que revelaba sin duda una súbita consternación,

pero que asimismo revelaba, con idéntico temblor, la más inesperada, la más gozosa, sin duda la más soberbia experiencia que estaba a punto de sobrevenirle: la duplicación de su conciencia.

«Ha estado esquivando, huyendo, ocultándose, pero ahora, excitado hasta la ira, ¡volverá cara!» Aquella fuerte impresión hacía un solo bocado, valga la expresión, del terror y el aplauso. Pero lo asombroso era que el aplauso, concebido este hecho, se manifestara con tanta vehemencia, porque, si era cierto que al que había estado persiguiendo era su otro yo, esta inefable identidad no podía por consiguiente, en última instancia, mostrarse indigna de él. Se revolvía -en algún lugar cercano, aunque invisible aún- como se revuelve la presa, haciendo bueno el refrán que dice donde las dan, las toman, y en aquel instante Brydon probablemente saboreó una sensación tan compleja que rebasaba con mucho los límites de la cordura. Era como si debiera sentirse avergonzado de que una personalidad tan íntimamente asociada con la suya saliera triunfante con tan sólo permanecer escondida, con no arriesgarse a salir en campo abierto, de tal modo que, al desaparecer este riesgo, el panorama quedaba despejado. Sin embargo, con otro vuelco de idéntica sutileza, trataba de evaluar en qué medida podría ahora a su vez ser presa del miedo. Así, se alegraba de poder de otra manera inspirar activamente ese miedo, y a un tiempo se estremecía de pensar que de alguna manera podría tocarle a él sufrirlo pasivamente.

La aprensión de que pudiera conocerlo debió de hacerse más intensa poco después, y el momento más extraño quizá de su aventura, el más memorable o el que después consideraría más genuinamente interesante de su crisis, había de consistir, precisamente en esos instantes en que conscientemente libraba su concentrado combat, en la imperiosa necesidad de aferrarse a algo, como quien resbala irremediablemente por una cuesta vertiginosa, en el vivo impulso, sobre todo, de moverse, de actuar, de arremeter como fuera contra algo; en una palabra, en la necesidad de demostrarse a sí mismo que no tenía miedo. Así, el mantenerse aferrado era el estado al que momentáneamente se veía reducido. Si a algún objeto, en medio de aquel inmenso vacío, hubiera podido aferrarse, hubiera notado inmediatamente que lo asía, como bajo el efecto de un sobresalto habría asido en su propia casa el respaldo de la silla más cercana. De todos modos, notó con sorpresa -de ello sí era plenamente consciente- que algo le sucedía por primera vez desde su primera incursión en aquel lugar. Había cerrado los ojos y los había mantenido cerrados, haciendo fuerza, durante un minuto o más, como movido por un instinto de consternación y el terror que podía estarle aguardando al abrirlos. Cuando finalmente lo hizo, el cuarto donde se hallaba y las estancias contiguas, extraordinariamente, parecían flotar en medio de la luz -una luz que casi le convenció de que ya era de día-. Se mantuvo inmóvil donde estaba pese a aquello, fuera lo que fuese; su resistencia le había ayudado, se sentía como si hubiese salido de un apuro. Poco después supo qué era aquello: había corrido el inminente peligro de darse a la fuga. En no ceder a este impulso puso toda su voluntad, sin lo cual se habría precipitado en busca de la escalera, por la que habría bajado, eso le parecía, aun con los ojos cerrados, y habría sabido, veloz como un rayo, llegar hasta abajo. Como fuera, había resistido y ahí estaba, todavía en el piso de arriba, rodeado de las habitaciones más intrincadas y con el desafío de todas las otras de la casa pendiente, que había de recorrer antes de que le llegara la hora de irse. Se iría cuando llegara el momento, y sólo entonces. ¿Acaso no se iba todas las noches a la misma

Librodot

hora? Sacó su reloj: había suficiente luz para ver la hora: apenas la una y cuarto, jamás se había retirado tan temprano. Casi siempre llegaba a su hotel a las dos, tras un paseo de un cuarto de hora. Esperaría al penúltimo cuarto, y hasta entonces no se movería. Siguió con la mirada clavada en el reloj, pensando entretanto que esta espera obligada, una espera que le costaba, lo reconocía, un esfuerzo, le permitiría cumplir con el atestado que aspiraba a levantar. Sería una demostración de su valor, a menos que la verdadera prueba de éste residiera en su capacidad para moverse al fin de donde se hallaba. Por ahora, lo que tenía más presente era que, puesto que no había huido a la carrera, conservaba intacta su dignidad (jamás en su vida le pareció tan virginal) y podía llevarla en alto. Esta imagen quedó diríase que físicamente presente ante sus ojos, una imagen casi digna de una época más caballeresca. Aquella observación suya brilló tenuemente y después se iluminó con una luz más intensa. ¿Qué época caballeresca, después de todo, hubiera correspondido a su estado de ánimo o bien -«objetivamente», como se dice- a la prodigiosa situación en que se hallaba? La única diferencia habría sido que, enarbolando su dignidad por sobre su cabeza como si la llevara desplegada en un rollo de pergamino, hubiera podido entonces -verbigracia, en la época caballeresca- descender la escalera con una espada desenvainada en la otra mano.

Por ahora, la verdad es que tenía que conformarse con que la vela que había dejado en la repisa de la chimenea, en la estancia de al lado, hiciera las veces de espada, y no tardó más de un minuto en dar los pasos requeridos para hacerse de nuevo con aquel utensilio. La puerta que mediaba entre las dos estancias se encontraba abierta, y en la segunda había otra puerta que daba a una tercera habitación. Según recordaba, las tres estancias daban todas a su vez a un pasillo común, pero tras ellas había una cuarta de la que no se podía salir sin pasar a la que le precedía. Ponerse en movimiento, oír sus pasos de nuevo, había sido una ayuda considerable; pero aunque reconocía este hecho, permaneció de nuevo inmóvil por un rato junto a la chimenea donde había dejado la luz. Cuando se puso en movimiento de nuevo, dudando sólo hacia dónde dirigir sus pasos, reparó en un hecho que, tras habérsele manifestado inicialmente de un modo vago, le produjo un sobresalto parecido al que suele acompañar la punzada del recuerdo, la violenta conmoción que nos arranca del bendito olvido.

Había reparado en la puerta donde terminaba la breve cadena de comunicación, y ahora la estudiaba con detenimiento desde el umbral más cercano, que no era el que quedaba justo enfrente. Situada a la izquierda a cierta distancia de donde se hallaba, aquella puerta le hubiera conducido a la última de las cuatro estancias, la que carecía de otra vía de acceso o de salida, de no haber sido cerrada, y de esto estaba íntimamente convencido, después de la última vez que la visitó, calculaba que aproximadamente un cuarto de hora antes. Se quedó contemplando fijamente aquel hecho prodigioso, paralizado de nuevo y de nuevo conteniendo la respiración, mientras intentaba extraer alguna gota de sentido de aquello. Con toda seguridad la habían cerrado posteriormente; es decir: ¡no cabía la menor duda de que la última vez que pasó por allí estaba abierta!

Recibió de lleno la evidencia de que algo había sucedido entretanto, de que era imposible que no se hubiera fijado antes (con esto se refería al recorrido con el que inició aquella noche su ronda por las habitaciones) en la presencia excepcional de aquella barrera. A partir de aquel momento fue presa de una agitación tan

extraordinaria, que hubiera bastado para embrollar cuanto había visto antes. Intentó convencerse de que tal vez hubiera entrado en la habitación y, sin darse cuenta, automáticamente, habría cerrado la puerta al salir. La dificultad estribaba en que exactamente aquello era lo que jamás hacía; iba en contra de su sistema, como hubiese podido decir, que en esencia consistía en dejar todas las perspectivas despejadas. Las había tenido desde el comienzo, no le cabía la menor duda, muy presentes en su memoria: la extraña aparición, al fondo de una de ellas, de su desconcertada «presa» (término que ahora, gracias a una ironía cruel, resultaba tan poco adecuado) era la forma de manifestarse el éxito que su imaginación más pertinazmente había acariciado, y en la que estaba siempre proyectando el refinamiento de la belleza. Cincuenta veces lo había sacudido el temblor de una percepción que luego se desvanecía; cincuenta veces se había dicho casi sin aliento «¡allí!», bajo el efecto de alguna breve alucinación inocente. Es cierto que la casa se prestaba asombrosamente a ello; a ratos se admiraba del buen gusto de aquella época, de una arquitectura local que sabía recrearse de tal modo en multiplicar puertas, extremo opuesto de la tendencia moderna, que las proscribía casi por completo. Y sin duda esta constitución de la casa había contribuido a nutrir su obsesión por el encuentro telescópico, como diría él mismo, de alguna presencia, enfocada y estudiada en una perspectiva menguante, como si dij éramos, del codo a la mano.

Tales consideraciones ocupaban su atención en ese momento, y corroboraban con creces el carácter portentoso de lo que tenía ante sus ojos. Era del todo imposible que él mismo hubiera bloqueado aquella apertura; y si no había sido, si era inconcebible que fuera él, en ese caso, ¿qué otra cosa podía pensarse, sino que había sido otro agente? ¿Otro agente? Hacía un instante apenas había sentido que se asfixiaba, pero bien mirado, ¿cuándo había tenido tan cerca aquella presencia como ahora, en la consideración de este acto tan sencillo, tan lógico, tan completamente personal? Se trataba de un acto tan lógico, dicho de otro modo, que hubiera podido pensarse que había sido ejecutado por una persona, pero qué podía entrañar todo aquello para Brydon, se preguntó a sí mismo, a medida que su respiración iba entrecortándose y sus ojos parecían querer saltársele de las órbitas. Ah, por fin, en este instante, se hallaban los dos frente a frente, esas dos proyecciones opuestas de su mismo ser, y en este instante acechaba, todo lo que pudiera imaginarse, la cuestión del peligro. Y como nunca antes, se planteaba con ella la cuestión del valor, pues sabía que lo que el rostro inexpresivo de la puerta le estaba diciendo era: «¡Demuéstranos cuánto valor tienes!». Le estaba mirando fijamente, hostil y retadora, y le obligaba a considerar sus dos únicas alternativas: ¿abriría la puerta o no la abriría? ¡Oh, considerar aquello era pensar, y Brydon sabía que pensar, mientras permaneciera allí, inmóvil, significaría, con el transcurso de los momentos, no haber actuado! No haber actuado -y saberlo era motivo de desconsuelo y pesar- también significaba todavía seguir sin actuar; significaba, en efecto, completamente sentir aquello de otra manera, nueva y terrible. ¿Cuánto tiempo estuvo allí parado, cuánto debatiendo consigo mismo? Nada había ya que pudiera medir ese lapso; su estremecimiento ahora era de otra índole, alterado como por efecto de su misma intensidad. Encerrado en aquel lugar, acorralado, receloso, y ante el hecho innegable de la consumación de aquel prodigio que se le anunciaba como si fuera un enorme letrero, ante aquel acceso de intensidad, la situación se presentaba desde muy otro ángulo, y Brydon al fin admirablemente comprendió desde cuál.

Desde aquel nuevo ángulo le llegaba una advertencia completamente distinta: la suprema insinuación, que hizo suya, de que apreciara el valor de ¡la Discreción! Brydon fue comprendiendo aquello, sin duda, poco a poco, pues había tenido tiempo para ello; tanto y tan perfectamente había permanecido inmóvil en aquel umbral, que aún no había avanzado ni retrocedido. Lo más extraño de todo era que ahora que le bastaba con dar diez pasos y poner la mano en el pestillo, o incluso hacer fuerza con el hombro y la rodilla contra el entrepaño de una puerta -si tal cosa fuera necesaria- para satisfacer su insaciable curiosidad y fundamental carencia y aplacar su desasosiego, lo más extraño ahora, pero asimismo lo exquisito y excepcional, era que aquella obcecación suya, de golpe, lo hubiera abandonado del todo. Discreción: se abalanzó sobre aquella idea con frenesí; y sin embargo, no porque fuera necesario para salvar la cordura o la piel, sino para salvar algo que le era mucho más caro: la situación. Cuando digo que «se abalanzó» sobre aquello, lo hago consciente de la consonancia del término con el hecho de que finalmente -la verdad es que no sé al cabo de cuánto tiempo- se pusiera de nuevo en movimiento para dirigirse sin demora hacia la puerta. No quería tocarla (ahora le parecía que hubiese podido hacerlo, de haberlo querido), sino solamente esperar un rato allí, para manifestar, para demostrar que no quería hacerlo. De tal suerte que se había situado más cerca -pero manteniendo apartados los ojos y las manos, intensamente recogido en su inmovilidad- de la delgada frontera que le vedaba el acceso a la revelación. Atendía como si hubiera algo que oír, cuando en realidad esta postura delataba su propia elocuencia. «Si no quieres, pues bien: te dejo marchar, y yo abandono. Puedo percibir tus ruegos para que tenga compasión, los argumentos con los que intentas convencerme de que existen razones incólumes y sublimes -¿qué sé yo?- para pensar que los dos habríamos sufrido. Las respeto, pues, y a pesar de creer que esta conmoción y este privilegio jamás los ha recibido hombre alguno, me retiro, renuncio y, por mi honor lo digo, nunca jamás volveré a intentarlo. Así pues, descansa para siempre -y aléjate de mí.»

En estas palabras quedaba contenido, para Brydon, el sentido constitutivo de su última demostración, que para él tenía el halo de la solemnidad, la mesura, la franqueza. Cuando hubo acabado se dio la vuelta, y entonces sintió cuán profundamente le había afectado aquello. Volvió sobre sus pasos, recogió el candelero y advirtió que la vela se había consumido casi hasta la arandela; por más que se esforzara en andar con tiento, le llegaba nítidamente el ruido de sus pisadas, y al cabo de un momento supo que se hallaba al otro extremo de la casa. Hizo algo entonces que no había hecho nunca a aquellas horas: abrió la hoja de una ventana de la fachada y dejó que penetrara el aire de la noche; haber hecho algo como esto en cualquier otro momento hubiera supuesto la brutal ruptura del hechizo. Su hechizo estaba roto ahora, y ya no importaba; había concedido, se había rendido, y ello bastaba para que nunca más volviera a tener sentido su regreso. La calle vacía, y aquella su otra vida tan enfáticamente subrayada aun en el gran desierto que los faroles iluminaban, estaba al alcance de su voz, al alcance de su mano. Permaneció allí como si se dispusiera a volver, a pesar de estar allí arriba, encaramado en la ventana; vigilaba, como a la espera de algún detalle común capaz de consolarlo, el sonido de una voz vulgar, el trasiego de un barrendero o un ladrón, de algún ave nocturna, por muy corriente que fuera. Habría bendito aquel signo de vida, habría tenido un gesto para saludar el lento acercarse de su amigo el policía, a quien hasta ese momento había procurado siempre

evitar, y si apareciera el guardia, no estaba seguro de no ceder al impulso de entablar una conversación con él, de hallar un pretexto para llamarlo desde el cuarto piso, allá arriba.

El pretexto que no habría sido demasiado estúpido o comprometedor, la explicación que habría salvado su dignidad y le habría ahorrado a su nombre el aparecer, dadas las circunstancias, en los periódicos, permanecían ocultos tras una tupida bruma, tan ocupado como estaba pergeñando cómo registrar su Discreción, y así poder cumplir con la promesa que le había hecho a su íntimo adversario. La importancia que esta cuestión cobró era tanta, que había acabado con espléndida ironía trastocando cualquier resto que en él quedara de sentido de la proporción. Si en ese momento hubiera habido una escalera apoyada en la fachada de la casa, aunque fuera una de esas vertiginosas escaleras perpendiculares que utilizan los pintores de brocha gorda y los techadores y que a veces dejan de propósito por la noche, se las hubiera arreglado como fuera, a horcajadas sobre el alféizar, para estirar un brazo y una pierna hasta sujetar el medio que le facilitaría el descenso. Si hubiera habido uno de esos extraños objetos como los hay en las habitaciones de los hoteles, un accesorio de emergencia, practicable en caso de incendio, como una cuerda con nudos o un tobogán, lo habría sabido utilizar como prueba... bueno, como prueba de lo delicada que era la situación en la que se hallaba. Albergaba este sentimiento, tal como estaban las cosas, un poco en vano, y vio aun cómo -al cabo, una vez más, de no sabía cuánto tiempo-volvía a sumergirse, como llevado a ello por el efecto sobre su ánimo de la ausencia de respuesta del mundo exterior, en una vaga angustia. Tenía la impresión de llevar siglos esperando que se manifestara aquella quietud grande y siniestra; la vida de la ciudad parecía también estar bajo los efectos de un hechizo, en todas direcciones barría el anormal silencio inexpresivo aquel paisaje que se le ofrecía, poblado todo él de objetos conocidos y más bien desagradables. ¿Hubo acaso alguna vez, se preguntó Brydon, en que las fachadas severas, que comenzaban a palidecer en la tenue aurora, acaso alguna vez aquellas fachadas se compadecieron de las necesidades de su espíritu? Grandes vacíos edificados, grandes sosiegos de multitudes apiñadas en el mero corazón de las ciudades, que suelen tan a menudo, cuando comienza a clarear, prenderse una suerte de máscara siniestra. Y de esta enorme negación colectiva Brydon tomaba conciencia en ese instante, tanto más cuanto que, aunque le pareciera increíble, despuntaba el amanecer, lo que le hizo ver qué clase de noche había pasado.

Consultó de nuevo su reloj y pudo ver en qué había quedado convertida su noción del tiempo (le había parecido que las horas transcurrían como minutos, y no, como había sentido en otras situaciones de tensión, que los minutos se arrastraban como horas). El extraño aire que le llegaba desde las calles no era sino el sofoco, triste y tenue, de un amanecer aún cerrado a cal y canto. La señal sofocada que él lanzaba desde la ventana abierta era la única nota de vida, y cuando se hubo detenido no le quedó más que sumirse en una desesperación mayor. Sin embargo, pese a sentirse tan profundamente desmoralizado, fue capaz una vez más de advertir un impulso que denotaba -al menos en cuanto a su actual disposición- una resolución extraordinaria: volver sobre sus pasos hasta llegar al sitio donde se le heló la sangre, al apagarse el último latido de duda que albergara sobre si había en la casa otra presencia aparte de la suya. El esfuerzo que aquello requería bastó para que sintiera vértigo; pero conservaba la cabeza despejada, lo cual le permitía dominar de momento la situación. Tendría que

atravesar la casa entera. ¿Cómo podría armarse de valor si aquella puerta que había visto se encontrara abierta ahora? Podía aferrarse a la idea de que el cierre de la puerta había sido un acto de clemencia que le estaba dirigido, una oportunidad que se le brindaba de bajar las escaleras, marcharse, acabar con su presencia en esa casa de una buena vez y no volver a profanarla. Era una conjetura pertinente, convincente, pero lo que pudiera suponer para él dependería sin duda del grado de indulgencia que su reciente actividad, o más bien su reciente inactividad, hubiese podido granjearle. La imagen de una «presencia», fuere lo que fuere aquello, aguardando allí hasta que se hubiese marchado... jamás había sido aquella imagen algo tan concreto para sus nervios como cuando se detuvo a muy poca distancia del punto en que la certidumbre lo hubiese embargado. Pues, con toda su resolución o, más exactamente, con todo su temor, el hecho es que se detuvo, que se retuvo de ver efectivamente. El riesgo era demasiado grande y su temor demasiado preciso, y en aquellos momentos adquirió una forma atrozmente específica.

Tuvo la convicción -sí, una convicción como estaba seguro de no haber tenido nunca- de que, si llegaba a ver aquella puerta abierta, habría llegado también, y del modo más abyecto, su fin. Aquello querría decir que el causante de su vergüenza -pues su vergüenza era una profunda abyección- andaba de nuevo suelto y se había adueñado de todo el lugar; y con ello lo asaltaba la idea, que veía con toda claridad, de la acción que se vería obligado a emprender. Saldría a la ventana que había dejado abierta, y por esa misma ventana, por más que no hubiera ni una escalera ni una cuerda colgando, se veía a sí mismo incontrolada, enloquecida, fatalmente lanzándose camino de la calle. Al menos podía aún alejar la espantosa posibilidad de que esto sucediera, pero sólo podía lograrlo si se precavía a tiempo de su convicción. Antes tenía que enfrentarse a la casa entera, este hecho seguía en pie, salvo que ahora sabía que lo único que podía ayudarle a ponerse en movimiento era su propia incertidumbre. Se deslizó del lugar donde se había detenido -el mero hecho de conseguirlo hizo que se sintiera a salvo- y, dirigiéndose a ciegas hacia la escalera principal, dejó atrás habitaciones huecas y pasillos retumbantes. Ahí estaba el descansillo, con los largos tramos a oscuras y los tres rellanos que jalonarían su descenso. Su instinto le aconsejaba delicadeza, pero sus pies caían sobre los peldaños de golpe y, cosa extraña, cuando al cabo de dos minutos se percató de ello, aquello le pareció una ayuda. No hubiera podido hablar, el tono de su voz le habría asustado, y el alarde o recurso habitual de «silbar en la oscuridad» (ya fuera literal o figuradamente) se le hubiera antojado una vulgar degradación; no obstante, quería seguir oyendo el ruido de sus pasos, y cuando alcanzó el primer rellano, lo que hizo sin precipitación pero también sin detenerse, la conquista de ese primer tramo le hizo soltar un suspiro de alivio.

Con todo, la casa se le antojaba inmensa y las proporciones espaciales, desmesuradas; las habitaciones abiertas, hacia ninguna de las cuales desviaba la mirada, parecían bocas de cavernas, aún más lóbregas con los postigos echados; tan sólo la alta claraboya que coronaba el profundo pozo le trazaba un ámbito en el que podía avanzar, pero su extraña tonalidad hacía pensar en un abismo submarino. Procuró pensar en algo noble, como que su mansión era verdaderamente grandiosa, una posesión espléndida; pero aquella nobleza adoptó instantáneamente la forma de un deleite innegable: el que sabría derivar, al cabo, del sacrificio de su casa. Ahora podían hacer su aparición los constructores, los destructores; podrían venir tan pronto como

Librodot

quisieran. Superados dos tramos, prosiguió el descenso, y al penetrar en otra zona, cuando sólo le quedaba el último tiro de escalera, percibió la influencia de los ventanales, de los postigos a medio echar, de algún destello errabundo de los faroles callejeros, del vestíbulo acristalado. Estaba en el fondo del mar, que tenía su propio resplandor y en el que alcanzó a distinguir -cuando en un momento dado se detuvo y, asomándose por la barandilla, hundió su mirada en aquellas profundidadeslas baldosas de mármol de su infancia. Para entonces se sentía indudablemente mejor, como hubiese podido decir de haberse hallado en una situación más normal; había sido capaz de detenerse y tomar aliento, y la sensación de alivio fue en aumento apenas divisó el viejo damero blanquinegro. Pero la sensación que más intensamente lo embargó, ahora que parecía entregarse en las manos de cierta impunidad, era la intuición de que quedaba definitivamente zanjada la cuestión de qué hubiera visto allí arriba, de haberse atrevido a echar aquel último vistazo. La dichosa puerta cerrada, ahora venturosamente remota, seguía cerrada, y a él sólo le quedaba alcanzar en breve la de la casa.

Siguió avanzando y salvó aquella parte del pasillo que conduce al último tramo; si en este punto se detuvo una vez más, fue sin duda por advertir el hondo estremecimiento que le ocasionaba su inminente huida. Tan intenso era que tuvo que cerrar los ojos, y al abrirlos de nuevo se enfrentó a la recta bajada de los peldaños restantes. La sensación de impunidad era la misma de antes, pero ahora resultaba casi excesiva: las luces laterales y la tracería en abanico que remataba la puerta principal espejeaban con su luz el espacio, pero no tardó en darse cuenta de que aquella claridad provenía del vestíbulo abierto, de las hojas de la puerta interior, ahora de par en par. Ante aquello lo asaltó de nuevo la sempiterna cuestión, y sus ojos parecieron una vez más querer saltársele de las órbitas, como le había sucedido en el piso más alto de la casa, ante la señal de la otra puerta. Si había dejado abierta la de arriba, ¿no había dejado cerrada esta de abajo? ¿No se hallaba ahora en la más inmediata presencia de una actividad oculta, inimaginable? Estas preguntas lo acuciaban como si tuviera un cuchillo hundido en el costado, pero las respuestas insistían en escapársele y se perdían en la vaga oscuridad, donde la tenue aurora que alcanzaba a llegarle, formando un brillante arco de luz sobre la puerta de la calle, dibujaba un semicírculo sobre el suelo de mármol, nimbo de plata fría que parecía oscilar levemente, cambiar de sitio y aumentar y disminuir de tamaño apenas ponía en ella la mirada.

Parecía como si en su centro hubiera algo, cobijándose en la imprecisión, confundiéndose con la superficie opaca del fondo, con el entrepaño pintado que era la última barrera que había de franquear en su huida, la puerta cuya llave tenía en el bolsillo. Aquella imprecisión era una burla que, por más que la escrutara, parecía tener la finalidad de envolver y desafiar cualquier certidumbre, por lo que, después de que su paso vacilara un instante, Brydon se abandonó, movido por la idea de que por fin había allí algo que ver, tocar, asir, conocer... algo que era perfectamente anormal y espantoso, pero encontrarse con lo cual significaba para él bien la liberación, bien la derrota. La penumbra, densa y lóbrega, era verdaderamente una pantalla donde venía a proyectarse una figura tan inmóvil como la imagen erguida en su nicho o como un centinela de yelmo negro custodiando un tesoro. Después le sería dado a conocer, evocar y desentrañar algo en lo que había creído mientras bajaba los últimos escalones. En medio del amplio semicírculo grisáceo, vio menguar lo impreciso y percibió cómo

iba tomando la misma forma que durante tantos días su apasionada curiosidad le había hecho anhelar. De su propia sombra parecía surgir, era algo y también era alguien, el prodigio de una presencia personal.

Rígido mas consciente, espectral pero humano, un hombre de su misma sustancia y estatura estaba aguardándole para medirse con su aptitud para el terror. No podía ser otra cosa, no podía pensar que fuera otra cosa, hasta que, avanzando, comprendió que lo que velaba aquel rostro era un par de manos alzadas que lo cubría, y que, lejos de enfrentarse a un gesto retador, tenía ante sí la estampa del más desesperado ruego. Así lo percibió, frente a frente, abarcando ahora todos los detalles, en la claridad de la luminosidad creciente y nítida: su inmovilidad sin tacha, su intensa exactitud, la cabeza entrecana inclinada, las ocultadoras manos blancas, la rara formalidad de su atuendo, los quevedos pendientes, las brillantes solapas de seda, el blanco lino, el nácar en la punta del alfiler de la corbata, el oro de la leontina, el charol de los zapatos. Ningún gran maestro de la pintura moderna habría logrado un retrato más expresivo, el arte más consumado no habría sido capaz de animar su creación insuflándole de este modo vida a cada uno de sus rasgos y matices. Antes de que pudiera darse cuenta de ello, nuestro amigo fue presa de una repugnancia inmensa, cuando acabó de aparecérsele el sentido de aquella inescrutable maniobra de su adversario. Al menos este significado se le había ofrecido, mientras él seguía contemplándolo, boquiabierto; pues no podía menos de quedarse atónito ante el espectáculo de su otro yo postrado por otra suerte de angustia, ni quedarse boquiabierto ante la evidencia de que él, Spencer Brydon, el epítome de la vida lograda, disfrutada, avasalladora, era incapaz de ofrecer de su triunfo un espectáculo digno de ser contemplado. ¿Acaso aquellas espléndidas manos disimuladoras, fuertes y perfectamente extendidas, no eran prueba suficientemente elocuente de ello? Unas manos extendidas con una tan clara intención que, a pesar de manifestar una evidencia que se destacaba por encima de todas las demás en el hecho de que a una de ellas le faltaran dos dedos reducidos a muñones, como si los hubiera segado un disparo accidental, el rostro quedaba eficazmente recogido y preservado.

Pero ¿quedaría «preservado»? Brydon respiraba laboriosamente, con la dificultad que le causaba el asombro, hasta que la misma impunidad de su actitud y la misma insistencia de su mirada provocaron, o tal cosa creyó él, un movimiento súbito, que un instante después, al alzar la cabeza la aparición, se reveló como un portento aún mayor, como la revelación de un propósito aún más temerario. Las manos, que no había dejado de mirar un instante, comenzaron a moverse, a separarse, y de golpe, con centelleante determinación, se apartaron del rostro, dejándolo al descubierto, ofrecido. Horror fue lo que, al contemplarlo, le saltó al cuello, y allí ahogó el sonido que no pudo emitir; porque la identidad revelada era demasiado monstruosa como para ser suya, y la ferocidad en su mirada reflejaba su propia protesta apasionada. ¿El rostro, aquel rostro, el de Spencer Brydon? Siguió escrutándolo por un instante, pero tuvo que apartar la mirada con espanto y repulsión, cayendo fulminado desde la cumbre de su sublimidad. ¡Irreconocible, inconcebible, atroz, desconectado de toda posibilidad, aquello...! Había sido objeto de un «engaño», se quejó en su fuero interno, cuando se embarcó en esta cacería, en pos de una pieza como ésta: la presencia que tenía ante sí era, claro, una presencia, qué duda cabía, y el horror que sentía era genuino horror, pero había malgastado sus noches en un empeño grotesco, y el triunfo que lo coronaba

era una ironía. Una identidad como aquella no guardaba ninguna clase de relación con la suya y hacía que su alternativa fuese monstruosa. Sí, mil veces y cuantas fuese necesario, a medida que se le iba acercando: aquel rostro era el de un extraño. Ahora se había acercado más aún aquel rostro, que era como esas imágenes fantásticas proyectadas por la linterna mágica de la niñez; pues el extraño, quienquiera que fuese, un ser maligno, odioso, descarado, vulgar, avanzaba hacia él como si fuera a agredirlo, y él sentía que cedía terreno. Entonces, ante el creciente acoso, a punto de sucumbir por su propia conmoción y perdiendo el equilibrio, como azotado por el aliento ardiente y la pasión desatada de una forma de vida más imponente que la suya, aquella visión se ensombreció y sintió que sus pies dejaban de sostenerlo. La cabeza le daba vueltas; estaba a punto de perder el conocimiento; lo perdió.

3

Sin duda, lo que le había hecho volver en sí -pero ¿al cabo de cuánto tiempo?- fue la voz de la señora Muldoon, que le llegaba desde muy cerca, desde tan cerca que no tardó en parecerle que la veía arrodillada en el suelo, delante de él, mientras que él yacía mirándola. No estaba tendido del todo en el suelo, sino a medias recostado, y alguien lo sostenía; sí, era consciente de una mano que lo sostenía con delicadeza y, con más claridad, de su cabeza apoyada sobre algo extraordinariamente suave que desprendía una fragancia sutilmente reparadora. Lentamente observaba, asombrado, con la mente aún confusa. Entonces apareció otro rostro, que se inclinaba sobre él de modo más directo, y al final comprendió que Alice Staverton había hecho de su regazo una amplia y perfecta almohada para su cabeza, para lograr lo cual se había sentado en el último peldaño de la escalera; el resto de la larga humanidad de Brydon yacía sobre las entrañables baldosas blancas y negras de su juventud. Estaban fríos, aquellos cuadrados de mármol, pero por alguna razón él no lo estaba. Espléndidamente iba recobrando la conciencia en ese asombroso momento, el más asombroso que hubiera conocido, e iba lenta mente entrando en un estado de grata, de profunda pasividad, circundado, no obstante, por un tesoro de inteligencia que le estaba serenamente destinado, disuelto, pudiera decirse, en el aire de la casa, irradiando el resplandor dorado de una tarde de otoño que toca a su fin. Había vuelto en sí, por fin... Había vuelto de un lugar mucho más lejano que cualquier otro al que haya podido arribar el hombre, pero era extraño que a esta sensación la acompañara la certeza de que lo fundamental era el lugar al que había vuelto, como si éste fuera el destino de su prodigioso viaje. Lenta pero seguramente iba recobrando la conciencia, completándose así la visión de su situación actual: milagrosamente había sido transportado hasta allí, mecido en los cuidadosos brazos que lo habían levantado en vilo donde fuera hallado, en el límite más lejano de un interminable pasillo gris. Con todo, se le había dejado holgar, y lo que ahora lo devolvía a la conciencia era la interrupción de aquel delicado y amplio vaivén.

Lo devolvía a la conciencia, la conciencia... Sí, en eso radicaba la belleza del momento, que se le iba pareciendo cada vez más al momento en que un hombre al que

se le acaba de comunicar la noticia de que ha recibido una cuantiosa herencia y poco después se ha ido a dormir, y que en sueños la ha profanado con asuntos que le son ajenos, despierta embargado por la serenidad de una certidumbre que sabe irá fortaleciéndose mientras se despereza en el lecho. Tal era el curso que seguía su paciencia: tan sólo tenía que dejar que brillara por sí sola. Por otra parte, debían de haberle vuelto a levantar en vilo y, a trechos, haberle conducido a otro lugar, pues cómo si no explicar que se viera más adelante, al redoblar el fulgor del atardecer, no ya al pie de las escaleras -que ahora le parecían arrancar al otro lado de su oscuro túnel- sino ocupando un asiento en el vano de una ventana de su artesonado salón. Reconocía la capa suave, forrada de piel gris, extendida a modo de colchón, y que acariciaba amorosamente con una mano, como buscando confirmar su existencia. El rostro de la señora Muldoon había desaparecido, pero el otro rostro, el segundo en aparecérsele la primera vez, se inclinaba sobre él de un modo que indicaba que seguía recostado y apoyándose como entonces. Iba comprendiéndolo todo, y a medida que mejor lo comprendía, más satisfecho quedaba: se sentía tan sosegado como si hubiese comido y bebido. Las dos mujeres lo habían hallado después de que la señora Muldoon, a la hora de siempre, abriera con su llave, y de que tal cosa hiciera, además, cuando la señorita Staverton anduviera cerca de la casa. Estaba a punto de darse la vuelta y de renunciar a seguir tirando en vano de la campanilla, llena de inquietud, pues a aquella hora ya debiera haber llegado la buena mujer. Por fortuna, esta última apareció antes de que se hubiera ido, y entraron juntas en la casa. Después del vestíbulo se lo encontraron, tumbado de un modo muy parecido a como estaba tumbado ahora; es decir, exactamente en el lugar y de la manera como se había desvanecido, pero lo asombroso era que no presentara ningún corte ni magulladura alguna, tan sólo estaba sumido en un profundo estupor. No obstante, lo que mejor comprendía en aquellos instantes en que iba aprehendiendo las cosas con mayor claridad, era que, durante un momento indeciblemente largo, Alice Staverton no hubiera dudado que estuviera muerto.

-Debe de ser que sí lo estuve -no otra cosa vislumbró Brydon mientras ella lo sostenía-. Sí, sólo he podido estar muerto. Usted me ha regresado literalmente a la vida. Sólo que -dudó, alzando la vista hacia ella-, por todo lo que más quiera, ¿cómo?

Fue preciso apenas un instante para que ella inclinase el rostro y le besara, y algo había en su manera de hacerlo, en el modo en que sus manos abarcaban y abrazaban su cabeza, mientras él sentía la refrescante caridad y virtud de sus labios, había algo en toda aquella beatitud que por alguna razón daba respuesta a todo.

-Y ahora le guardo conmigo -dijo ella.

-¡Oh, guárdeme, sí! -imploró Brydon, mientras ella mantenía el rostro inclinado sobre él, y en respuesta a sus palabras, lo acercó aún más, dejándolo cerca, efusivamente cerca del suyo. Aquello sellaba su situación, y él saboreó en silencio la huella dejada por aquel prolongado momento de éxtasis. Pero insistió una vez más:

-¿Cómo pudo adivinar...?

-Estaba inquieta. Habíamos quedado en que vendría, ¿recuerda?, pero no envió usted recado alguno.

-Sí, lo recuerdo... Yo tenía que haber ido a verla hoy a la una -esto respondía a la relación que había mantenido con ella en su «antigua» vida, ambas tan cercanas y lejanas a la vez-. Yo estaba aún ahí afuera, en mi extraña oscuridad... ¿Dónde fue

aquello? ¿Qué fue todo aquello? Debí de permanecer ahí muchísimo tiempo. -Apenas podía representarse cuán profundo y prolongado había sido su desmayo.

-¿Desde anoche? -preguntó ella, con un dejo de temor por parecer indiscreta. -Desde esta mañana, supongo, desde el frío y oscuro amanecer de hoy.

¿Dónde he estado? -gimió quedamente-, ¿dónde he estado? -Notó que ella lo estrechaba en sus brazos, y sintió que aquello lo ayudaba a gemir sin temor-: ¡Qué día tan largo, tan oscuro!

Entregada a su ternura, ella aguardó un momento.

-¿El frío y oscuro amanecer? -dijo, con voz temblorosa.

Pero él ya había comenzado a juntar las piezas de todo aquel prodigio.

-Como yo no me presentaba en su casa, usted vino directamente...

Ella apenas se demoró en acompañarle.

-Primero fui a su hotel, donde me informaron de su ausencia. Había usted salido a cenar y desde entonces no había vuelto. Pero pensaban que estaría, en su club.

-Entonces, ¿tenía idea de esto?

-¿De qué? -tardó en preguntar.

-Pues bien... de lo que ha sucedido.

-Pensé que por lo menos habría pasado por aquí. Todo este tiempo he sabido -agregó- que vendría.

-¿«Sabido»?

-Es decir, así lo creía. No le dije nada después de aquella conversación que tuvimos hace un mes, pero estaba segura. Segura de que sucedería-afirmó.

-¿El que yo persistiera, quiere decir?

-Que usted lo vería.

-¡Pero no es cierto, no lo he visto! -exclamó Brydon en un largo lamento-. Hay alguien... un animal espantoso, al que acorralé horriblemente. Pero no era yo.

Al oír esto, ella se inclinó nuevamente sobre él y clavó sus ojos en los de Brydon.

-No, no eras tú. -Y él creyó, mientras el rostro de Alice se cernía sobre el suyo, que hubiese podido discernir entre sus rasgos, de no haber estado tan cerca, una intención particular emborronada en su sonrisa-. No, gracias a Dios -repitió-, ¡no eras tú! Es obvio que es imposible que hubieses sido tú.

-Ah, pero resulta que sí lo era -volvió a insistir él. Y se quedó mirando fijamente delante de sí, como había estado haciendo durante tantas semanas-. Hubiera podido reconocerme.

-¡No habrías podido! -objetó ella, con tono consolador. Y de pronto, como si quisiera explicar mejor lo que ella misma había estado haciendo, retomó el otro hilo-: No fue solamente eso, que no hubieras vuelto al hotel -prosiguió-. Esperé hasta la hora en que nos encontramos con la señora Muldoon aquel día que visité la casa contigo; y llegó, como te dije, cuando yo aún seguía en las escaleras de la entrada, desesperada porque no había logrado que alguien me abriera. Al cabo de un rato, de no haberse presentado la señora Muldoon, habría encontrado la manera de dar con ella. Pero no se trataba -dijo Alice Staverton, como una vez más guiada por aquella sutil intención suya- no se trataba sólo de eso.

Acostado aún, volvió su mirada hacia ella.

-¿De qué más se trata entonces?

Ella recogió el asombro que había sembrado.

-¿Dices que fue en la fría oscuridad del amanecer? Pues bien, en la fría oscuridad del amanecer de hoy yo también te vi.

-¿Me viste?

-Lo vi a él -dijo Alice Staverton-. Debió de ser en el mismo momento.

Él se estuvo un rato meditando aquello, como si quisiera parecer razonablemente compuesto.

-¿En ese mismo momento?

-Sí... En mi sueño, de nuevo, el mismo sueño que te mencioné. Había vuelto una vez más. Y entonces comprendí que aquello era una señal. Había vuelto por ti.

Al oír esto Brydon se incorporó; tenía que verla mejor. Y cuando comprendió lo que significaba su movimiento, ella le ayudó. Él se sentó, apoyándose en el banco de la ventana, con la mano izquierda de Alice en su mano derecha.

-Él no volvió por mí.

-Tú volviste -sonrió hermosamente Alice.

-Ah, claro, he vuelto en mí... gracias a ti, querida. Pero aquel animal con aquel rostro espantoso... aquel animal es una bestia extraña y oscura. No hay nada de mí en él, ni siquiera de lo que pude llegar a ser -afirmó Brydon, resueltamente.

Pero ella conservaba una lucidez que era como un soplo de infalibilidad.

-Pero ¿no giraba todo en torno a la idea de que habrías podido ser diferente?

Él casi frunció el ceño al oír aquello.

-¿Tan diferente?

La mirada de Alice volvió a serle más hermosa que todas las cosas de este mundo.

-¿Acaso no querías saber exactamente cuán diferente sería? Pues bien, así, tan diferente -agregó-, te me apareciste.

-¿Como él?

-¡Como un ser extraño y oscuro! -Pero entonces, ¿cómo supiste que era yo?

-Porque, como te dije hace semanas, mi mente, mi imaginación habían estado acaparadas por lo que hubieras o no hubieras podido ser, para que veas cuán ocupada me has tenido pensando en ti. En medio de todo eso te me apareciste...

para resolver aquel asunto. Así lo supe -prosiguió-, y pensé que, puesto que a ti también te obsesionaba ese mismo asunto, como me dijiste aquel día, también tú acabarías viendo lo que buscabas. Y cuando esta mañana volví a ver aquello, supe además que era porque tú lo habías visto; y también supe entonces, desde el mismo instante en que sucedió, que era porque de algún modo tú me buscabas. Me pareció que él me decía eso. Así que -sonrió extrañamente- ¿por qué no habría de gustarme él?

Con esto, Spencer Brydon se puso de pie.

-¿Te «gusta» ese espanto?

-Hubiese podido gustarme. Y a mí -agregó- no me pareció espantoso. Yo ya lo había aceptado.

-¿«Aceptado»?

-Por el interés de su diferencia, antes... sí. Y como yo no lo rechacé, como lo reconocí-algo que tú, cuando llegó el momento de enfrentarte a su diferencia, tan cruelmente le negaste, querido mío-... En fin, supongo que a mí me resultó menos horrible. Y tal vez a él le haya complacido que me compadeciera de él.

También ella se había incorporado, pero en ningún momento había soltado su mano, y seguía ofreciéndole apoyo con su brazo. Pese a que todo aquello se le figuraba brumoso, Brydon preguntó a regañadientes, con una punta de resentimiento:

-¿Te «compadeciste» de él?

-Ha sido muy infeliz, es un ser devastado.

-¿Y acaso no he sido yo infeliz? ¿No he quedado (basta con que me mires) también devastado?

-Ah, yo no he dicho que me guste más él -concedió ella, después de pensarlo-. Pero está transido, estragado por las cosas que le han sucedido. No puede arreglárselas, como tú, para ver a través de un elegante monóculo.

-No... -aquello dejó perplejo a Brydon-. No se me habría ocurrido lucir el mío en los barrios céntricos de Nueva York. Se habrían reído de mí.

-Esos grandes quevedos curvos (los vi, reconozco ese tipo de anteojos) son para un hombre que ve muy mal. ¡Y qué decir de la mano derecha...!

-¡Ah! -Brydon hizo una mueca de dolor... bien fuera porque con esto que-

daba demostrada su identidad o por aquellos dos dedos mutilados. Y a continuación agregó, con lucidez:

-Tiene a su disposición un millón al año. Pero no te tiene a ti.

-Y él no es... no, ¡él no es tú! -dijo, en un susurro, cuando Brydon la atrajo hacia su pecho.

FIN